DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO. Ciclo B

Con este domingo comenzamos la primera parte del Tiempo Ordinario, que abarca hasta el comienzo de la Cuaresma. Con la Fiesta del Bautismo de Jesús hemos concluido el tiempo de Navidad, aunque podemos decir que este domingo II es como un eco de la Solemnidad de la Epifanía y del Bautismo del Señor, por esto mismo en los tres ciclos se lee una perícopa del Evangelista San Juan.

Este domingo podemos calificarlo como de la llamada y del testimonio: del seguimiento de los primeros discípulos de Jesús y de la Confesión, que hacen de El, como después diremos.

La primera lectura está tomada del primer libro de Samuel, 3,3b-10.19. Vamos a analizarla con cierta minuciosidad.

Dos protagonistas de la liturgia de la Palabra de este segundo domingo son el propio Samuel y Juan Bautista. Entre ellos se da un rico paralelismo. Posiblemente, el paralelismo más profundo radique en que uno y otro tienen la misión de anunciar una nueva etapa de la historia de la salvación.

Samuel es la figura clave del Antiguo Testamento. Paso de la federación de tribus al régimen monárquico. Con Samuel nace el profetismo, una nueva forma de la presencia, y la experiencia divina a través de la palabra. El Bautista es el último de los profetas del AT y anuncia la plenitud de los tiempos. Samuel es el primero de los profetas del AT y anuncia y consagra los comienzos de la monarquía, presididos por la dinastía davídica, de la cual había de nacer el Mesías.

El capítulo 3 gira en torno a dos temas: la caída de la casa de Elí y la vocación de Samuel. Es lamentable que no se lea el versículo 1: " *En aquel tiempo era rara la palabra de Yavhé, y no eran corrientes las visiones"*. En un momento en que el cielo permanece silencioso y las visiones eran poco frecuentes, Dios abre el diálogo con Samuel.

El joven Samuel oye la voz del Señor cuatro veces y otras cuatro veces responderá a esta llamada. Tres veces con una respuesta un tanto lacónica: "Aquí estoy"; la última vez con una frase más larga y llena de contenido: " *Habla, Señor, que tu siervo te escucha"*. Samuel será Profeta y dos elementos constitutivos del profetismo son: el hablar de Dios y la escucha del hombre.

Después de la segunda llamada, hay una afirmación muy importante: " *Aún no conocía Samuel al Señor, pues no le había sido revelada la palabra del Señor"*. El profeta conoce a Dios, no por lo que oye hablar de El, sino por revelación del Señor mediante su palabra. El profeta mantendrá siempre encendida la lámpara del Señor para demostrar que todo tiempo es el Kairós de Dios. Es interesante una frase del v. 3, que no se lee: " *La lámpara de Dios todavía no se había apagado"*

El estribillo del salmo responsorial acentúa esta idea: " *Aquí estoy, para hacer tu voluntad".*

La disposición fundamental para acoger la llamada de Dios es la prontitud y la disponibilidad, es el deseo de conocer y seguir al Señor. Estas notas se dan de una manera muy notable en el joven Samuel, como se darán en los dos discípulos de Juan Bautista, que después, inmediatamente pasan a serlo de Jesús.

La segunda lectura está tomada de la Primera Carta a los Corintios 6, 13c-15ª.17-20. Esta Primera Carta a los Corintios se lee en todos los ciclos durante los primeros domingos; cada ciclo elige algunos capítulos determinados.

También tenemos que lamentar aquí que no se lean unos versículos, que pueden ayudarnos a entender el texto elegido de la Carta. " *Todo me es lícito"*, dicen algunos. No olvidemos que a los cristianos, que venían de la gentilidad, les costaba mucho aceptar la moral cristiana, especialmente en lo referente a la sexualidad. San Pablo rebate el principio anunciado, aclarando el alcance del mismo: Sí, pero no todo es conveniente. El versículo 13 se hace eco de otro principio o dicho: " *Los manajares son para el estómago y el estómago para los manjares"*. Si estiramos este refrán, las consecuencias pueden ser alarmantes y antes de dar pie a ello, San Pablo afirmará: " *Hermanos: el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor; y el Señor para el cuerpo"* Podemos llegar a no comprender esto: " *El Señor para el cuerpo"*. A Dios le preocupa nuestro cuerpo (¿ todo el ser?), pues ha hecho por él grandes cosas. Podemos enunciar cuatro razones por las cuales el Cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor. " *Dios, con su poder, resucitó al Señor y nos resucitará también a nosotros". ¿ No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?*. Cristo aquí significa la asamblea de los cristianos, los cuales quedan afeados, cuando nosotros pecamos y quedan hermoseados, cuando nosotros no pecamos. *¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo?*. La dignidad del Cuerpo humano, tanto si se entiende a nivel individual, como a nivel colectivo, es muy grande y sagrada. Y la última razón es anunciada así: "*No os poseéis en propiedad, porque os han comprado pagando un precio por vosotros"*. El hombre no puede hacer de su cuerpo lo que quiera; hay en él una dimensión muy importante, muy acentuada, pues vertebra la personalidad: la dimensión sexual. En la sexualidad el hombre se juega su dignidad, su grandeza. Al final Pablo hace una síntesis: ¡ *glorificad a Dios con vuestro cuerpo!*

El Evangelio está tomado del capítulo 1, 35-42 de San Juan.

El relato joánico sobre la vocación de los primeros discípulos es completamente distinto del que ofrecen los sinópticos. Según Jun, la vocación parece haber tenido lugar en Betania y son ellos los que tienen la iniciativa. Según los sinópticos es en el mar de Galilea y es Jesús quien los llama.

En esta perícopa evangélica se acentúa más el testimonio, la confesión, que hacen los discípulos acerca del Señor, que la misma llamada.

" En aquel tiempo estaba Juan con dos de sus discípulos y fijándose en Jesús que pasaba, dijo: Este es el Cordero de Dios" Esta afirmación nos recuerda el significado del Cordero Pascual. Hoy, el sacerdote repite estas mismas palabras en la Eucaristía. " *Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús"* Ellos se sienten atraídos, cautivados. Jesús, quizá extrañado, lleno de gozo, les pregunta con cariño, con amor:"*¿ Qué buscáis?*. Una respuesta decisiva, comprometida, debe ser pensada, no solo fruto de la emoción*." Ellos contestaron: Rabí...¿ dónde vives?*. Por primera vez habla Jesús en este Evangelio.

Además de la Confesión de Juan Bautista acerca de Jesús: " *Este es el Cordero de Dios"*, es interesarte detenernos en esta otra, por parte de los dos discípulos: *Rabí*. Solo San Juan utiliza con frecuencia este título. Lucas lo desconoce; en Mt es Judas quien se dirige a Jesús de este modo. En los doce primeros capítulos, que forman el libro de los Signos, Jesús es llamado " Rabí". En el libro de la Gloria, que son los restantes capítulos, Jesús es llamado *el " Señor"*

Preguntarle a uno dónde vive tiene mucha importancia, es entrar en una relación de amistad, de cercanía. " El les dijo: Venid y lo veréis". Las cosas importantes no se pueden

comprender solamente al comunicarlas, al decirlas, sino que hay que experimentarlas. "*Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día*". No solamente fue una visita de indagación, llena de curiosidad, sino que les llenó totalmente. Impresiona la rectitud y el desinterés del Bautista que no se cuida de hacer prosélitos, sino de anunciarles al Mesías y encaminarles a él, totalmente fiel a su misión de *"voz"* que prepara los caminos del Señor (Juan l, 23) " *serían las cuatro de la tarde*" (El texto griego dice hora décima). *La hora décima* es la hora de la plenitud, del cumplimiento. Es el número diez que tanta importancia tiene en el Antiguo Testamento, en el judaísmo, entre los pitagóricos y en la gnosis. Número perfecto. Jesús es la plenitud. Quien busca, en él encontrará la respuesta con toda su plenitud a su búsqueda. Jesús como plenitud de la revelación. Como el único Revelador.
Que los primeros discípulos provenían de la escuela de Juan el Bautista, sólo lo sabemos por el cuarto evangelio.
Un aspecto destacable de la vocación de estos dos discípulos es el querer *Compartir al Señor*. Tanto Juan Bautista como sus discípulos empiezan proclamando a Jesús a sus propios parientes y compañeros más cercanos.." *Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encontró primero a su hermano Simón y le dijo: - Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo). Y lo llevó a Jesús"*. Los exégetas se preguntan¿ quién era el otro discípulo de Juan Bautista, que siguió a Jesús?. La mayoría se decantan por Juan Evangelista; otros dicen que se trata de Felipe, pues es de la misma aldea que Andrés. Creo que no nos equivocamos, si afirmamos que es Juan, el discípulo predilecto del Señor. En el cuarto Evangelio es Andrés el que reconoce a Jesús como el *Mesías*; en la tradición sinóptica corresponde a Simón.

" Jesús se le quedó mirando y le dijo: Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que significa Pedro)". El cambio de nombre que sigue a esa llamada señala la profunda transformación interior que debe acompañar a la respuesta.

San Mateo también nos cuenta el cambio de nombre de Simón por parte de Jesús: *"Yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del abismo no la hará perecer"* (Mt 16,18). La tradición joánica parece preferir "*pastor"* para designar la función eclesiológica de Pedro: "*Simón, hijo de Juan, ¿ me amas más que éstos? Pedro le contestó: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Entonces Jesús le dijo: apacienta mis corderos"* (Jn. 21, 15).

Al próximo domingo ya comenzaremos a leer al evangelista San Marcos, que es el evangelista del ciclo B.

Este domingo coincide con la Semana de Oración por la unidad de los cristianos (l8-25 de Enero). Desde Dios se siente más urgente esta Unidad. El amor del Señor, derramado en nuestros corazones, nos lo recuerda y nos empuja a que no se quede en solo deseo, sino que sea una realidad.

Al finalizar la Celebración de la Eucaristía de este día; el sacerdote se dirige al Señor, presentándole sus anhelos y deseos:" *Derrama, Señor, sobre nosotros tu espíritu de caridad para que, alimentados con el mismo pan del cielo, permanezcamos unidos en el mismo amor"* (Oración después de la Comunión).

.